





Relatos

Pequeños números de magia

Pedro Guichot



Título: Pequeños números de magia

Primera edición: octubre, 2025

© 2025, del texto Pedro Guichot.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2256-2025

ISBN: 979-13-87720-37-7

*A las tres grandes mujeres de mi vida: mi madre,
Virginia, mi hija, Elena, y mi mujer, Angie.*



ÍNDICE

Prólogo	9
Escritores en apuros	13
Has hablado de mí en un cuento.....	15
Crisis carnal	23
Informe sobre un adulterio.....	29
Un cuento de mierda	35
Una rata en el taller	41
El otro	49
Malcasada.....	53
El viejo profesor.....	59
Corral de comedias.....	65
Versión original	67
Día primero.....	71
Cinco minutos	75
Cráter y la castidad.....	79
Samara no es nombre de puta.....	85
El más rápido de Wichita	93
Final feliz	97
El juguete del verano.....	105
Ingenuos, torpes, despistados	109
Los cazafantasmas	111
Magiclick	117
Muñeca rusa.....	123

Pequeños números de magia	129
Íleon terminal	133
Gato a la plancha	143
Sala de espera.....	151
La vuelta a la tortilla.....	159

PRÓLOGO

La primera vez que vi a Pedro, yo estaba en el patio de butacas del Teatro Municipal de Valencina, donde él interpretaba a Julio, el joven apocado e indeciso que vive enamorado de Manolita en *Las bicicletas son para el verano*. Al acabar la función, ya en la calle, tratábamos de decidir a qué bar iríamos para disfrutar de un buen tinto con limón que aliviara el calor de finales de junio. Fue entonces cuando un amigo común, actor también en la obra, lo vio a lo lejos. «María, ese de allí es Pedro. Le gusta escribir». Sin embargo, el tal Pedro, alto y serio como su personaje, desapareció entre la concurrencia como si de un pequeño número de magia se tratase.

A la vuelta del verano, por octubre, se hizo carne mortal en el taller de narrativa que dirijo y entonces sí, nos conocimos de manera oficial. Cada jueves aparecía en clase un pelín tarde. Saludaba con timidez, se sentaba a la mesa con su carpeta, escuchaba y tomaba notas, sonreía y, por supuesto, nos leía sus relatos. El primero que leyó, qué curiosa es la memoria, iba sobre un matrimonio que veía el *Un, dos, tres...* en su casa un viernes por la noche. Era evidente la capacidad que tenía para contar historias con un sentido del humor del que tira sin esfuerzo y una querencia

innata a elegir como protagonistas antihéroes contemporáneos de clase media.

Pero si hay un momento en el que supe que este tipo era especial, fue el jueves que dedicamos al relato western, cuando apareció por la puerta, un pelín tarde, como es su costumbre, disfrazado de vaquero, pegando tiros al aire con una pistola de plástico en cada mano y montado a caballo, sí, montado en un caballo hinchable. De esta guisa nos leyó su cuento. Seguro que adivinarán cuál es cuando lo lean.

En *Pequeños números de magia* aparecen escritores, profesores, adultos y adolescentes que quieren gustar y sentirse admirados. Unos comienzan a vivir, otros ya han andado la mitad del camino y algunos más saben que el final se acerca. Los personajes se acercan, se rozan, se tropiezan, se engañan y se lastiman. También en estas uniones fortuitas o consolidadas, se ayudan y se enseñan.

Pedro escribe como quien tiende al aire libre una colada de ropa que no ha acabado de blanquearse del todo y conserva aún manchas difíciles de disimular. Pone el dedito, y lo levanta, en todas las llagas de este muestrario de anhelos y pretensiones que se desbaratan en multitud de ocasiones o mantienen un equilibrio precario.

Ha llovido desde que nos conocimos y él ha escrito mucho y bien. Qué suerte la nuestra porque al fin se ha tomado en serio y ha saltado al vacío sin red que supone publicar, algo de lo que hemos hablado con frecuencia en estos años de amistad y que él acepta, con ese escepticismo irónico y burlón, sin acabárselo de creer. Aprovechen la oportunidad de sumergirse en sus mundos antes de que el autor vuelva a practicar

uno de sus trucos estrella: el escapismo.

Y ahora, metan en una chistera un par de gotas de Raymond Carver, dos gotas más de Tom Wolfe, una pizca de Cortázar y otra de Pedro Mairal, seguro que les sale este libro.

Conste que el cariño no me ha impedido ser objetiva en estas líneas. ¿Qué culpa tiene una de querer a gente con talento?

*María Morales Mora,
la joven y bella monitora*



ESCRITORES EN APUROS



HAS HABLADO DE MÍ EN UN CUENTO

Hasta hace poco, cuando sonaba el móvil y no tenía fichado el número, pasaba siempre de cogerlo. Sin embargo, de un año a esta parte, he entrado en una nueva etapa. Me he hecho más aventurera y he tenido buenas sorpresas al descolgar. No siempre he oído al otro lado el acento sudamericano de las agentes de Movistar o Vodafone. A veces, alguna voz desconocida me ha regalado flores al oído a cuento de mi libro.

Y es que, en mi primer libro de relatos, publicado —quién iba a decirlo— hace ya un año y dos meses (es para mí el bebé que nunca tendré), tuve la genial idea de incluir mi número de teléfono (no mi *e-mail* o mi Facebook) en el último cuento y alentar sutilmente al personal a que me llamara.

Carmen Valdés, mi editora, me avisó alarmada uno de esos días en que estábamos de retoques preección. Ella siempre había pensado que el número de móvil que aparece en el cuento —su cuento preferido, por cierto— era falso. Cuando la protagonista lanza ese número a las redes, como una botella echada al mar con un mensaje, esperando esa llamada que la salve, el libro se queda con un final abierto, un final

esperanzador y desesperado al mismo tiempo. Estoy orgullosa de ese final.

Pero un día Carmen, que es muy madre, ató cabos y se dio cuenta de que era mi número real. Me llamó loca y me dijo que no lo iba a publicar así ni en broma. Y, sin embargo, ahí está. Y, aunque he recibido dos docenas de llamadas desde entonces, ninguna era de un acosador o una psicópata. Muchos tenían curiosidad por saber si el número era un farol y me han felicitado por mi supuesta valentía. «Has hecho una verdadera *performance*, tía», me dijo uno de los últimos. No con el que me acuesto estos días, Armando, un gran seductor telefónico que luego, en vivo, se ha quedado en la mitad.

Pero me estoy saliendo del tema, como me pasa con los cuentos, que se me rizan, se extienden, se desbordan por los lados y acaban pasándose del máximo de 2.000 palabras que quiere mi editora, que luego me hace sacar, siempre para bien, las tijeras de podar.

Lo que quería contar es que ayer tarde recibí una de esas llamadas de número desconocido, que no oculto. «¿Sí?, ¿quién eres?», pregunté y una voz seca me contestó: «Isabel, soy Isabel». Y yo: «Perdona, ¿Isabel qué? No sé si te has equivocado». Hubo un gruñido de sarcasmo al otro lado, un gruñido que mi memoria reconoció de forma muy lejana y se esforzó por traer a flote. «A lo mejor, prefieres que te diga que soy “Paula”, que es como me llamas ahora, por lo visto».

En décimas de segundo, apagué el iPad con la serie a medio ver, sacudí la cabeza para despejarme y una imaginaria caña en mi cerebro recogió el sedal para aparecer con un pez abisal de hacía casi treinta años: «¿Isabel Márquez?». «No te hagas la tonta, Lucía,

seguro que estabas esperando esta llamada, tarde o temprano». «Te juro que no, Isabel, ¡vaya sorpresa!».

Ingenua como soy, me hizo ilusión de verdad re-
encontrar a una persona de mi pasado, con la que viví
durante unos meses cortos pero intensos, un romance
que duró de febrero a abril, nueve semanas y media,
como la peli que vimos en vídeo aquella noche en que
nos enrollamos. Yo nunca lo había hecho con una mu-
jer, pero tenía veinte años y muchas ganas de experi-
mentar con todo. Isabel me llevaba más de diez y sus
experiencias sexuales, siempre con mujeres, habían
sido hasta entonces breves y culpables. Las dos nos
apasionamos y yo disfruté asombrada de la novedad
de una piel más suave aún que la mía. Ella se enamoró
de mi juventud, de mi pelo corto, de lo malhablada
que era, de mis poemas salaces, de mis discos moder-
nos. Sobre todo de la idea de una posible novia, al-
guien, por fin, con quien compartir ese secreto deseo
por las mujeres que la consumía y que en esos tiempos
no se atrevía a dejar salir. Yo, en cambio, no me ena-
moré de ella en absoluto. ¿Deseo? Mucho.

¿Amor? Lo justo para que el sexo no fuera solo
sexo. Pero para nada proyecto de vida en común, ni
de «palomas al vuelo volando a ras de suelo». Cuando
me di cuenta de que se estaba ilusionando conmigo,
corté con ella un Jueves Santo a orillas del Guadal-
quivir. Ya estaba alternándola con Gabriel, un chico
mexicano que me recordó que lo que más me iba eran
los tíos. Además, había descubierto por entonces que
Isabel tenía un punto de desequilibrio peligroso, un
extravío en la mirada y unas frases lapidarias que da-
ban miedo.

Sin embargo, tengo muy mala memoria y un

optimismo irracional hacia el ser humano, así que, después de tanto tiempo, todo lo malo se me había olvidado y recibí con las defensas bajas la llamada de la mujer que me había proporcionado la primera y más intensa de mis pocas experiencias lésbicas.

«Has hablado de mí en un cuento», me escupió, «no sé cómo te atreves». «Pero, escucha, Isabel...». «¡No te lo permito, no te lo voy a permitir, que sepas que no te lo voy a permitir!». Recordé que ya entonces se repetía mucho. «Me has hecho daño, Lucía, mucho daño, que lo sepas. Y no te lo pienso permitir». Colgó. Al ser un móvil, no se oyó el golpe del auricular contra el teléfono, como pasaba aquella primavera cuando ella intentaba en vano retomar lo nuestro, pero yo me lo imaginé.

¡Isabel Márquez! Y lo peor es que tenía razón. En uno de los relatos más flojitos, a mi entender, del libro, uno que estuve a punto de descartar, narraba yo con mucha fantasía y desahogo la peripecia sexual de una veinteañera alocada con una mujer mayor que ella. Aunque la aventura que contaba no se parecía demasiado a la nuestra (era más bien un homenaje parodia a *Thelma y Louise* en versión sevillana), reconozco que el personaje de Paula estaba claramente basado en ella: sus frases tenebrosas («qué bonito sería que esta noche nos muriéramos las dos aquí juntitas»), su obsesión por las actrices del Hollywood dorado, el hermano con síndrome de Down o, sin ir más lejos, aquella despedida al borde del río con fondo de marcha de Semana Santa. Ya se sabe que los escritores acabamos tirando de material propio más o menos tuneado. No pensé que Isabel se fuera a enterar (solo era lectora de poesía) y subestimé dos cosas: la importancia que yo

había tenido en su vida y el orgullo de leona ofendida que a los cincuenta y muchos que tendría ahora podía quedarle.

La Lucía práctica que soy a veces se puso las pilas. La adrenalina y el miedo es lo que tienen. Registré su número en el móvil para que no me volviera a coger desprevenida («Isabel Danger» le puse) y me releí el cuento que, aunque parezca mentira, tenía medio olvidado, para comprobar si había muchas cosas que la mente imprevisible de mi antigua amante pusiera considerar humillantes. Por fortuna, encontré que había sido más tierna que sarcástica y que las pequeñas bromas que hacía sobre las curiosas costumbres de «Paula/Isabel» (como el peinarse tapándose un ojo porque de adolescente admiraba a Verónica Lake, o sus chillidos de ratona cuando mi lengua navegaba bajo su ombligo) no empañaban la ternura que sentía yo (o mi *alter ego* «Luisa») por esta mujer que se enamoró sin remedio de una jovencita loca con las ideas poco claras y muchos pájaros en la cabeza.

Me preparé un *gin-tonic* y hablé con mi editora, pero hoy ella no estaba en modo madre y tampoco yo supe transmitirle mis verdaderos temores, así que se limitó a asegurarme que, desde el punto de vista legal, Isabel no tenía nada que hacer, que no me preocupara. Eso ya lo sabía y no era lo que esperaba oír. Empecé a dar vueltas por el pasillo, del salón al frigorífico, del frigo al balcón con la tableta de chocolate en una mano y la copa en la otra. Si era la Isabel que recordaba, volvería a llamar. Pero no llamó, estábamos en el siglo XXI: me puso un WhatsApp.

«Perdona, cariño. He estado muy borde. Solo quiero hablar una vez contigo y darte una cosa. ¿Quedamos

a las diez en las gradas de El Salvador? Te juro que no te volveré a molestar».

Con el tiempo he aprendido a no rehuir mis miedos. Llamé a Armando y le conté por encima el asunto. Quería que me esperara a distancia prudencial. Si hacía falta le diría a Isabel que era mi pareja. Además de un ego que se lo pisaba, tenía unos músculos de «cuarentón-en-crisis-que-va-al-gimnasio» que podían venirme bien.

A Isabel le puse un simple «OK», nada de emoticonos con besitos. Noté que olía a sudor. Me duché, no me quise comer el coco con la ropa, si caía en ese bucle podía ser mi perdición: una camisa blanca, los vaqueros cortados, pendientes sencillos, sandalias rojas... Pero aún eran las nueve, así que volví a vestirme de nuevo: vestido de verano en tonos azules sin mucho escote, pendientes regalo de Armando, zapatos con plataforma...

Llegué andando a la plaza del Salvador a las nueve y media. Me tomé una cerveza con Armando. A las diez y cinco me pareció adivinarla en las gradas de la iglesia, iba acompañada de una mujer gruesa. Eso, de algún modo, me tranquilizó. Le dije a mi amigo que esperara en el bar y me acerqué. Estaba mayor, pero seguía siendo hermosa. Sentí primero un pellizco en la barriga y luego el amago de una lágrima.

«¿Me das un abrazo, Lucía?», me dijo mientras su amiga me saludaba con la cabeza y se alejaba. Me abrazó con fuerza y su beso en la mejilla me pareció en la boca. «Perdona por lo que te dije. Lo acababa de leer y me puse loca. Ya sabes. Gracias por acordarte de mí, aunque sea un poquito».

Un escalofrío gozoso me quitó los nervios. De

pronto me encontré riendo con ella sobre cosas del pasado. Me habló de Concha, su mujer desde que pudieron casarse legalmente. Me recordó lo mucho que yo había significado para ella y yo le respondí lo mismo, quizá exagerando un tanto. Aunque no... en realidad, me di cuenta entonces, cogiéndole la mano en la grada de El Salvador, de que sí, que Isabel había sido una persona importante en mi vida, una de tantas personas que yo había dejado atrás en mi carrera de ardilla inquieta, siempre hacia adelante, siempre quemando etapas.

Le dediqué mi libro y me fui despidiendo, con la excusa de que mi pareja me esperaba. «Es un hombre, ¿verdad? Siempre te gustaron más los hombres», dijo sonriendo y meneando la cabeza. «Pero antes tengo un regalo para ti. No lo abras ahora».

Nos dimos otro abrazo, dos besos. Volví hacia Armando, pobre escudero, amante ocasional con quien lo dejaría muy pronto. El paquetito que me había dado Isabel era sin duda un libro. Lo abrí sobre la mesita del bar. Hubiera preferido hacerlo a solas, pero soy impaciente. Se trataba, sorpresa, de un libro de poesía suyo, autoeditado: *Cuando florecí*. Los versos eran malos, pero me quedo con la dedicatoria: «A Lucía, que me enseñó lo dulce y lo amargo del amor».



CRISIS CARNAL

Son las ocho y media de la noche. En un rato me tendré que poner a preparar la cena, que hoy me toca. Pasado mañana es el día del taller de escritura y aún no he empezado mi relato. Y no solo eso, sino que no tengo ni remota idea de lo que va a tratar. La música rabiosa que sale de la habitación de mi hijo no ayuda mucho, como tampoco la conversación telefónica que mi mujer mantiene con su hermana desde hace una hora. He buscado ya mil excusas para retrasar el momento de enfrentarme a la página en blanco: he corregido exámenes de mis alumnos, me he preparado unas clases que no necesitaba prepararme, he bajado a merendar un colacao y unas galletas, he mirado los wasaps atrasados. Solo me hubiera faltado ponerme a ordenar mi mesa de despacho, pero está tan caótica que prefiero empezar un relato, aunque sea de cualquier manera, sin encomendarme a Dios ni al diablo.

Tengo varios trucos para cuando la idea no quiere salir de la chistera. A saber: abrir al azar el diccionario (sí, aún uso el de papel) y empezar con una frase en la que aparezca la palabra escogida; hacer algo parecido, pero con una novela, y usar la oración que mi dedo señale como arranque de mi historia, o también partir de algún recuerdo real y modificarlo hasta hacerlo

irreconocible, hasta que sea la historia de otro, ya que me aburre contar la mía.

Abro el diccionario y me aparece «carnal» (1. Perteneciente a la carne. 2. Lascivo y lujurioso. 3. Terrenal, relativo a las cosas del mundo). No negaré que parece una palabra interesante, incluso para el título. A ver si saco ahora un sustantivo con el que haga pareja, uno de esos binomios fantásticos de Rodari. Abro, pongo el dedo y sale la palabra «crisantemo», pero hago trampa y uso la inmediatamente inferior: «crisis». Sí, «Crisis carnal», podría ser el título de uno de mis relatos cómicos sobre parejas.

Ahora voy a ver si el truco del libro también me funciona. Me levanto y voy con los ojos cerrados hasta mi biblioteca. Me tropiezo con la bici elíptica que mi mujer ha colocado delante y en la que se supone que algún día comenzará a hacer ejercicio. Escojo a ciegas el libro *El inmoralista*, de André Gide, que seguro que es muy bueno, pero del que no recuerdo nada. Lo abro por la mitad y leo: «Voy a hablar largamente de mi cuerpo. Tanto voy a hablar que, de entrada, os parecerá que olvido la parte del espíritu».

Me gusta la frase, incluso a pesar de ese adverbio en «mente». De hecho, creo que me voy a releer el libro, que no llega a las doscientas páginas. Pero ahora no, ahora tengo que esbozar al menos el cuento que debo presentar en el taller. Y en un rato los niños empezarán a preguntar qué hay de cena.

Escribo: «Voy a hablar de mi cuerpo. Me apetece concentrarme en la carne, los huesos, la piel y los nervios. Porque aunque en la crisis que vivo con mi pareja también hay diferencias espirituales, para qué engañarnos, lo primero es el desamor de los cuerpos».

No me gusta demasiado el primer párrafo, pero es solo un borrador, un punto de partida para ir armando la pirámide del relato, un puntal que, junto a otros, irá creando el armazón y que luego podrá ser retirado sin que se caiga el edificio.

Observo el tono que tiene ese primer párrafo y me doy cuenta de que, a no ser que cambie mucho la cosa, no concuerda con mi idea inicial de comedia. No importa, ya veremos por dónde evoluciona la historia.

Si recurro a mis recuerdos (era otro de mis trucos para montar mis cuentos), tengo una cierta experiencia en crisis y es cierto que, cuando he reflexionado sobre ellas, por escrito o solo en mi cabeza, siempre he obviado el aspecto físico. Sin embargo, lo mismo que esto es casi siempre el primer detonante de la atracción, también debe serlo de la... ¿qué es lo contrario de atracción? Busco en el diccionario de antónimos y aparece «repulsión», junto con «antipatía», «rechazo» o «aversión». De todos ellos, «repulsión» me parece más cargado de significado, más sorprendente para el lector. Así que lo uso:

«Me costaba trabajo recordar que Ana y su cuerpo me habían vuelto loco alguna vez. En realidad, eso es mucho decir. Digamos que su cuerpo y ella me habían gustado mucho. Hace años. Ahora solo me provocaba repulsión».

Sigue sin convencerme, pero ya tengo el tema de la historia. Dos personas, o al menos una de ellas, que después de mucho tiempo de convivencia ya no se gustan en absoluto. A X el cuerpo de su mujer le provoca incluso repugnancia.

Llegado a este punto es cuando temo que a mi mujer real, cuando le lea el cuento (lo hago siempre), le

pueda parecer que me refiero de alguna forma a ella, cuando nada más lejos de la realidad, aunque haya engordado unos kilitos. Pruebo entonces con la vieja artimaña de cambiarlo todo de género:

«Me costaba mucho recordar que Antonio y su cuerpo me habían vuelto loca alguna vez. En realidad, nunca me habían vuelto loca, pero al menos me habían gustado. Me resultaban agradables, incluso deseables. No me provocaban esa profunda repulsión que ahora siento».

Ya he hecho una reescritura y el párrafo ha quedado mejor. Además, es más políticamente correcto que una mujer se queje del cuerpo de su marido que lo contrario. Y yo no soy un escritor valiente. Ni quiero quedar mal en el taller, de amplia mayoría femenina.

Vamos a por el tercer párrafo que, como diría Lope, «si me veo en el primer terceto no hay cosa en los cuartetos que me espante».

Y el siguiente párrafo fluye. Empiezo a hablar de la gordura de Antonio, de su mal aliento, del pelo que se le cae y queda en la almohada, de los gases que ya no hace el esfuerzo por disimular. Intento que la narradora protagonista no aparezca como alguien cruel, sino como una mujer que se confiesa a sí misma una realidad que se le ha hecho patente, ante la que no puede cerrar los ojos. Después irá añadiendo a las decepciones corporales otros rasgos del carácter de Antonio, que nos lo harán desagradable, hasta que toda nuestra simpatía esté con la narradora, en especial la del público femenino.

La cosa marcha. Me sumerjo en un relato trágico de mujer empoderada, sin hacer un gran esfuerzo ni creérmelo mucho. He tirado de oficio y está

quedando una historia resultona que puedo incluso presentar al premio «Asunto de mujeres» del Ayuntamiento de Gerena, que siempre gana alguno del taller.

Cuando estoy poniendo el punto final, miro el reloj del ordenador y pego un bote: las diez y diez de la noche. Recojo y apago el aparato preso de una sensación de culpabilidad que me remite a la infancia. Pero ya es tarde. Oigo los pasos de mi mujer subiendo al ático, anticipo su mirada acusadora y sus reproches, noto el olor a sopa de cocido subiendo desde la cocina. Esa sopa que debería haber preparado yo y de nuevo ha tenido que hacer ella, pese a que los turnos estaban bien claros. Presiento que cualquier día va a decirme el temible «tenemos que hablar», que está de mí hasta las narices, que me ve gordo y calvo, que no le atraigo, que ya solo le produzco repulsión.